

A CINCUENTA AÑOS DEL CONCILIO.
LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL.

LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA ACCIÓN.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Al abrir el libro de documentos conciliares me encontré estas líneas de “Gaudium et spes”: “Siempre se ha esforzado el hombre con trabajo y con ingenio en perfeccionar su vida...Ante este gigantesco esfuerzo que afecta a todo el género humano, surgen muchas preguntas. ¿Qué sentido y valor tiene esa actividad? ¿A qué fin deben tender los esfuerzos de individuos y colectividades?...Los cristianos, lejos de pensar que las obras que consigue el hombre realizar con su talento se oponen al poder de Dios y que la criatura racional es como émula del Creador, cultivan más bien la persuasión de que las victorias del género humano son un signo de las grandezas de Dios y un fruto de su inefable consejo...el mensaje cristiano no aparta al hombre de la construcción del mundo ni lo impulsa a descuidar el interés por sus semejantes; más bien lo obliga a sentir esta colaboración como un verdadero deber.” (Nn. 33 y 34)

Esas palabras, de tanto peso y que merecen ser meditadas con calma, esbozan un auténtico programa para ser cristiano en el mundo, para encontrar el lazo que une los esfuerzos humanos con la gracia de Dios. Programa en cierto modo utópico pues la advertencia del Papa Pío XII ante “la herejía de la acción” sigue vigente, pues no cuesta mucho trabajo darse cuenta que el activismo y el apresuramiento irreflexivo dominan el paso de muchos y que entre ellos nos contamos los cristianos. Veo también que esos ingredientes negativos han aumentado el hecho de que inmensos conglomerados de personas sean anónimas aun para sus vecinos y se encuentren incomunicadas a pesar de tantos medios electrónicos hechos para comunicarse. Y lo más serio: que vayan por la vida sin encontrarle sentido y, por consiguiente, como candidatos a la muerte sin haber sembrado ni cosechado.

Tal parece que acelerar cada vez más el ritmo diario fuera el papel de los seres humanos en la tierra; como que el más apresurado y activo es el mejor: subir, bajar, correr, ir, venir, escribir rápidamente sobre un teclado y enviar mensaje breves, brevísimos; comer de prisa, dejar a medias una conversación personal, son ingredientes cotidianos...y también de la insatisfacción, las frustraciones y el avance implacable de la enfermedad del siglo XXI: la depresión y sus tentáculos que deterioran la presencia fraterna y compartida.

La acumulación de actividades, su dosis natural de improvisación y de equivocaciones tiene una raíz que es a la vez consecuencia: se vive sin el gusto por la vida, sin el sentido de las acciones e inacciones que les dan sabor y fortalecen el crecimiento auténticamente humano.

Por ello, la cita que hice en los párrafos del comienzo y la visión un tanto pesimista de los que siguieron me llevó a acordarme de un excelente escritor español que fue fecundo precisamente después del Concilio, el sacerdote madrileño José María Cabodevilla. Para él la vida cristiana si no era un chiste, tampoco era una tragedia o “la sangrienta flor” de Claudel: a pesar de sus contratiempos y paradojas, debía tener un ingrediente claro de humor. Con humor habló de Dios, de la Virgen María, de los ángeles, de algunos santos, pero sobre todo de la condición humana. Vayan los títulos de algunos de sus libros: “Las formas de la felicidad son ocho”, tratado maravilloso acerca de la vivencia de las bienaventuranzas; “El pato apresurado o la apología de los hombres”, en el que ayudó, mediante un rosario de cuentos, a cargar con las galopantes neurosis de nuestros días; “La feria de las utopías”, sobre las ideas que se unen a más ideas pero nunca llegan a florecer en algo real si bien pueden dar algo de felicidad; “La jirafa tiene ideas muy elevadas”, precisamente acerca de la necesidad de difundir el buen humor. “La sopa con tenedor. Tratado de las complicaciones humanas,” que fue una sabia reflexión espiritual sobre cómo un ángel “ligeramente estrábico” vio a los hombres. Éste informó: “Animal bípedo, autoconsciente, versátil, neurótico. Un ser muy complicado. La complicación afecta a todas sus funciones. Piensa, ama y sufre complicadamente...Inventó las objeciones filosóficas a los sistemas filosóficas...Le ha impresionado especialmente la relación tan complicada que tienen con Dios. Algunos prefieren caminar hacia la vida eterna sobre zancos. Otros tratan de construir una altísima escalera para llegar hasta Dios, mientras éste, a su lado, les suministra yeso y ladrillos. Son complicados en su orgullo, pero no menos en su humildad...Hoy como ayer, en vez de acercar el taburete al piano, siguen empeñados en arrastrar el piano hasta donde está el taburete.”

Alguien dirá: ¿esto qué tiene qué ver con el Concilio? Mucho. Si el pesimismo, el derrotismo y la depresión nos invaden, ¿cómo podremos hacer presente el equilibrio entre el esfuerzo humano y la gracia divina? Éste no es obra de taciturnos, sino de quienes saben gozar la vida desde las bienaventuranzas.